

VERSUASIÓN

Los versos raptan sospechas de belleza
asibles al roce, tanto como dolor o deuda
inasible, evaporable. Estrofan ritmos rebeldes
a la métrica, y desbastan las sílabas al dorso.

Miras el papel horizontalmente,
a la altura de los ojos, y solo ves
una recta milmilimétrica, cortante,
que anega un imperio.

Versuaden los versos que cercan las palabras
y desnudan las letras. Esposan su cintura
curva, sugerentemente, poseyéndolas
con gritos de libélula.

Fluyen en hojas blanco/roto, zíngaras
de signos. Bailan tangos, *versuasivos*,
tacón en punta, a ritmo susurro contrahaz.

Por mucho que se diga y repita, el secreto no yace

en la pequeñez del universo. Mazmorra
en el rapto a contraluz de *lo sutil*.

LA SAVIA DEL BAMBÚ

El suelo del bambú se agrieta bajo los párpados,
errabundo, a ras de miras. Enrama hendiduras,
cañavera el viento y deja huellas
cambiantes por la lluvia.

Mece una plántula imperial sobreviviente al tiempo
del espacio. La primera hoja no tiene lámina.
Lamina, con suerte, dos o tres estigmas, y a veces
(se sabe poco esto...) florecen por centuria.

Los fustes bambúes se mecen al soplo, zascandiles,
sífides, tersos de ser. Exhiben el torso, reflectantes,
trenzan filamentos y leñan anillos diametrales
por cuartas verticales.

Los tallos silban el aire. Lo visten de susurro y lo mecen

con abrigos de escamas. Verdean el verde chillón
en verde café y el verde limón
tostado en amarillo.

La savia del bambú tiene color interior y olor ácido
de destino. Arquea el asta hasta el límite. Lleva al límite
el escorzo sin romperse; filtra lo arbotante y cimbrea,
olvidadizo, el peso cuando grana.

Peligran los bambúes fibrosos de la tierra. Unos
emboscados maleablemente. Otros gregarios
de tanto amadrigarse.

EPITALAMIO

La entrada es voluntaria. Apenas
cuesta abrir la verja desde dentro.
Óxido ferroso, capas cristalinas
que caen en láminas convexas.

Luego, un paso
sin pisarlas. Quizás dos

o tres semillas, hunden
sus cáscaras bajo suela
neumática.

Es otoño o luz primaveral. Poco importa
la Arcadia si pierdes la conciencia
bajo un sol de invernadero.

Miras los setos simétricos, los surcos rectilíneos
que hacen ola de cuanto acontece. Escarbas
y brota agradecida sin alzar, si quiera,
una plegaria.

Botánica de *Voz*

Vos sabés el valor de los acentos
con su sed de poniente

Vos querés un rostro azado
rastrillo en mano

Vos podés...

Húmedo de *Voz*

Botánico de *Vos*

En el jardín de las palabras, las letras horadan la tierra.
Extienden sus raíces minúsculas, artealizadas. Asoman
las uñas bajo el torso puntiagudo de una nube.

ZYGOPTEROS DE BAAL

En San Juan, sensilian la noche y aquelarran
la tierra. Vienen de inframundo, tártaros
de sed y ninfa humanidad.

Tienen recto el abdomen, branquias vellosas
y ojos punzantes. Mueven las alas translúcidamente
y pezuñan cuanto tocan con patas Baales.

Suben con órdenes tajantes: tronchar la cuarta
y quinta hoja, dejándolas en tres
o tallos peripáticos.

Al salir el sol, el deseo se licuó del campo trébol.
La volición de amor se hizo tedio; la salud
metástasis, la fe desesperanza,

y la suerte maledicencia.

ATINGENCIA

“*El tiempo no es él mismo nada temporal*”

(M. Heidegger)

Retar el *tiempo* y su *ser* es mero intento.

Perderlo es ganar espacio. Derrite su presencia
con solo imaginarlo.

Abrazo un pétalo y lo erijo insurrecto.

Provocas lo minúsculo, lo apéndice
que penda de ambos.

Sucedan *los ahoras* en las horas nuestras.

Cercas lo cercano, hasta lo próximo,
y se esfuma exhausto, reposado.

Un soplo que aspire y eleve
apropie y destine y expire

lo que más

baje, tente, haga, deshaga

aspire y eleve

lo que quede

El tiempo no es: *se da*

Se da el ser

Lo desoculto.

MARTINEZ ANIDO N° 25.

[I]

“El futuro está por determinar”

Sentenciaron

sedentes

en susurro

al oído

bajo

una

columna

dórica

de claustro

Quedose la sonrisa

huida

la caricia

ológrafo

de amantes jóvenes

que

pueden

(quieren)

ser

enamorados

[II]

Voló

la sentencia

benedicta, calefacta, cóncava

a la fuente rota

los

de arcos

4

Abades

azul corbata

mustios, miméticos

alopécicos, encaspados

miraban –ávidos- de reojo

con esa envidia

corrosiva

que
queda dentro

y
aumenta

con
los años

Así:
leyes
libros, códigos
hojas caducables
se apiñan prescritas
sobre el suelo docto de la ciencia

Cual
columnas cubistas
olvidadas

ADARVE N° 38.

Desde el torreón divisan señorialmente las iglesias de la Corte,
los tejados sonrojados y sus puntas redondas, predispuestas a tañer.
Andan en círculos cuneiformes, hambrientos de campana señal.
Afilan la cabeza entre almena y almena, bien prestos a pedir
inquilinaje carnal sin juicio de Dios.

A cuatro metros de alto, una venus de Willendorf muestra sus curvas
heráldicas, muy anticonceptivamente, al suelo harapiento. La gleba
rumia bajo el arco, a mano alzada, con traje dominical de servidumbre.
Y los siervos piden limosnas de sí a la sippe de Sippar.

En la explanada de la torre, el vulgo,
ungido en cerviz, era vulvo vulgar
postrado en vasallaje.

Al replicar las campanas, acude un séquito al lugar del casamiento.
Los doctrineros llegan a la iglesia en loor de terraje y apuntalan en la puerta

el edicto solaz. Una ley no escrita hacienda la encomienda, sin Blutrache,
sin recurso alguno posible al poseedor.

La primera noche, el noble ejecutaba la dote regimentalmente.

La doncella se echa al lecho y el patrón pasa por encima,
melior que si suya fuera, en señal de Senyoría.

La pierna fue cayendo

decrépitamente

derogada.

Mas sigue aplicándose

[mundium/munt]

Por nada para algo.